

EL TRABAJO EN UN PAÍS EN DESARROLLO

Enrique Martínez *

* Ingeniero químico, (UBA) con formación económica posterior. Ha ocupado el cargo de secretario de la Pequeña y Mediana Empresa de la Nación y de diputado nacional. Actualmente es el presidente del Instituto Nacional de Tecnología Industrial (Inti).

El país cerrado sobre sí mismo que le tocó gobernar al General Perón hace 50 años tenía necesidades muy evidentes. Era imprescindible producir en el país todo aquello que el consumo pudiera reclamar y había que hacerlo con celeridad. Los emprendedores florecieron como hongos después de una lluvia y tuvieron que ser abastecidos con técnicos y profesionales de todas las ramas, con capacidad de hacer en forma inmediata. La expansión de la enseñanza técnica y la creación de la universidad tecnológica –era requisito trabajar para poder estudiar– fueron concepciones vinculadas directamente a una estructura productiva que debía mezclar el ingenio para crear con la capacidad de copiar un producto importado y a la que se estimulaba con la enorme zanahoria del mercado interno cautivo.

Hoy el país ha cambiado en muchos aspectos decisivos pero, como problema adicional, muchos de esos cambios han sido negativos cuando se los evalúa desde la perspectiva de una sociedad más justa. Por lo tanto, caben dos posibilidades de vincular educación con trabajo:

La educación articulada con el trabajo debiera formar jóvenes capaces de emprender transformaciones de la realidad y construir nuevos modelos productivos, más participativos y creativos, vinculados con el desarrollo nacional.

1. diseñar y operar un sistema educativo que –entre otros atributos– facilite la inserción laboral en la estructura productiva actual, pensando a ésta como inmutable o irremediable;
2. diseñar un sistema que tenga resultados en paralelo, y reforzándose mutuamente, con una definición nueva de Estado y de estructura productiva, apuntando así a la construcción de una sociedad mejor.

En este documento elijo el segundo camino, lo cual me lleva a la necesidad de caracterizar el problema con algún detalle mayor.

Argentina productiva 2006

Ha habido algunos elementos de distorsión de la calificación de la demanda laboral en

el país que podríamos calificar de históricos. La descollante riqueza natural que representa la pampa húmeda fue apropiada por una pequeña fracción de la población, hace más de un siglo y medio. La industria de mercado internista, a su vez, evolucionó sobre patrones de competencia muy limitados, siendo la disponibilidad de un mercado cautivo una de sus principales características. Tanto en uno como en otro caso, la propiedad del recurso fue mucho más determinante de la rentabilidad obtenida que la aplicación de tecnología a la producción.

No es de extrañar entonces que los ingenieros agrónomos, los ingenieros industriales, los diseñadores, o ni qué decir, los físicos y los matemáticos, tuvieran una inserción productiva mucho menor que la teórica. Los dueños

de la tierra y los primeros dueños de las PYME de la década del 50 no tenían formación profesional ni sólida jerarquía técnica. Sus hijos siguieron su historia o en casos mayoritarios se orientaron a las ciencias económicas o a las leyes, que parecían importantes para operar una empresa en tiempos de crisis permanente.

La universidad reformada en los 60, a su vez, definió patrones profesionales como combinación de una Argentina deseada y de los esquemas internacionales exitosos. Se consiguió un logro paradójico: aumentar de manera muy relevante la calidad de sus egresados y en la misma proporción el éxodo hacia ámbitos sociales en los que su experticia se encuadraba exitosamente.

A esta historia deben agregarse los cambios de los últimos 15 años en materia productiva, cuya característica central ha sido la concentración –tanto en lo comercial como en lo productivo– y la transnacionalización.

La concentración produce el efecto exactamente inverso al del país cerrado de hace 50 años: establece barreras reales y psicológicas muy fuertes para el ingreso de nuevos actores a la producción. La aparición de los hipermercados actúa como refuerzo de la concentración productiva, mediante la elección de un pequeño número de proveedores por rubro, con lo que agrega un elemento cultural de desaliento a la iniciativa emprendedora. La opción valorada por los jóvenes, entonces, es crecientemente la de ser empleados, desechando las opciones independientes. Estas últimas, paradójicamente, quedan reservadas solo para quienes no son admitidos como empleados, cumpliendo funciones de supervivencia elemental. Se genera así una brecha de empleabilidad creciente y un lamentable incentivo a las actividades marginales e incluso ilegales.

Como agregado, la transnacionalización provoca la desintegración de las cadenas productivas, ya que hay una serie de provisiones que la filial local recibe del exterior sin siquiera considerar la posible oferta local. En especial, todo lo que tenga que ver con los componentes más creativos, como la investigación y el desarrollo, pasa a ser automáticamente un bien importado. Como elemento si se quiere favorable del proceso de globalización, surge la posibilidad de brindar desde aquí servicios no personales hacia todo el mundo, basándose en las comunicaciones internacionales cada vez más rápidas y confiables.

El descrito es el contexto del trabajo productivo y de servicios en la actualidad. Reitero que podría pensarse una propuesta de vincular la educación con el trabajo, para asistir a este modelo. No es mi visión.

Argentina productiva mañana

La fundamentación detallada de nuestro punto de vista sobre el deber ser y su factibilidad excede los límites de este documento. Sin embargo, podríamos resumir la idea de la siguiente manera.

En los próximos años se dará una transformación estructural en el país, como fruto de la reintegración al tejido productivo de las empresas de servicios públicos y la tecnificación de las actividades productivas desde lo local hacia lo nacional e internacional. La conjunción de estos dos grandes cambios, cuya característica se ampliará en las siguientes líneas, aumentará la densidad de las redes y tramas productivas, requiriendo más técnicos y profesionales con algunos perfiles que hasta ahora no fueron demandados o que se perdieron durante la dominancia liberal.

Con respecto a los servicios públicos, sean de gestión estatal (como la provisión del agua) o de gestión privada pero de capital nacional (como varias de las empresas eléctricas), han de reaparecer tanto la necesidad de fortalecer la gestión y las tecnologías propias, como la vocación por el desarrollo de proveedores.

A su vez, en los ámbitos provinciales o menores, creo que los decisores políticos irán alejándose progresivamente de la idea de promover su espacio por medio de la búsqueda de inversores externos, para descubrir y consolidar la posibilidad de apoyar con tecnología dura y blanda –de producción y de gestión– a los actores locales, aquellos que tienen sus raíces en el lugar.

Ambas acciones contribuirán a diseñar un escenario laboral nuevo, que con una contribución adicional de apoyo estatal podría ser de naturaleza cualitativa superior a todo lo conocido hasta aquí en nuestra historia productiva. Le damos esta importancia, porque en caso de ser exitoso el camino, las pequeñas industrias primero y el resto de la producción después, podrían finalmente asumir el trabajo de calidad como un componente imprescindible de su funcionamiento.

Un posible futuro

El marco para una relación entre educación y trabajo, sobre la base de lo expuesto, puede ser pensado a partir de formular objetivos de máxima que, en caso de ser delineados, permitirían también alcanzar objetivos menos ambiciosos, de encuadrar a los egresados en el ámbito laboral actual, el cual suponemos se irá modificando progresivamente. Las ideas fuerza que proponemos se tomen como referencia son las siguientes:

- la vinculación entre educación y trabajo no puede ni debe tener como único objetivo que los educandos tengan empleo en el marco de la estructura productiva actual, sino que se debe perseguir que, a partir del trabajo, se facilite la viabilidad de una comunidad de mujeres y hombres libres, que sea sustentable;
- para poder siquiera imaginar este objetivo superior, el componente tecnológico de la educación –el desarrollo de habilidades y sobre todo de capacidades– es esencial. Es muy distinto pensar a nuestros jóvenes como futuros engranajes

La vinculación entre educación y trabajo no puede ni debe tener como único objetivo que los educandos tengan empleo en la estructura productiva actual.

de sistemas productivos definidos por otros, a pensarlos como motores que construyen o pueden construir nuevas realidades;

- no hay ámbito vinculado al trabajo que se pueda considerar demasiado reducido para utilizar la creatividad y el conocimiento. En cualquier región del país y con cualquier dimensión comunitaria deberían poder aplicarse los atributos conceptuales a adquirir;
- en una geografía tan dispersa como la nuestra y con realidades sociales tan complejas como las de las periferias de las grandes ciudades, la relación entre educación y trabajo debe nutrirse de los desafíos de transformar el hábitat propio. No veo manera de ser exitosos sino siendo muy precisos en los objetivos conceptuales a alcanzar y muy flexibles en la forma de anclar esos conceptos a cada realidad.

La articulación adicional

Si la educación ha de dotar a los jóvenes de facetas de aptitud laboral que ayuden a crear un mundo mejor y no simplemente adaptarse al existente, es necesario considerar desde el vamos una articulación básica adicional: aquella que se dé con los espacios de la política pública donde se diseñen acciones para el desarrollo productivo.

Recordemos que la diferencia entre extremos de Producto Bruto *per cápita* de jurisdicciones (Ciudad Autónoma de Buenos Aires y Santiago del Estero) es más de 12 veces. Quienes piensen los componentes de la educación en los dos ámbitos no pueden ignorar este fortísimo dato.

Si se limitan a ajustar la *oferta* a la demanda, no harán más que agravar la brecha, ya que en la estructura más atrasada se solicitan hoy trabajos de menor calificación.

Si en el extremo opuesto, se busca homogeneizar los perfiles laborales en todos los distri-

tos, se construirá con seguridad una situación equivalente a la de la universidad reformista a partir de los 60: generar técnicos y profesionales que emigran de las regiones más pobres.

En este escenario –el duro y real escenario del presente argentino– es donde aparece el desafío sustancial: educar para el trabajo a generaciones de jóvenes que sean protagonistas de una realidad que se transforma. Esos jóvenes deberán ser contenidos –seguramente por mucho tiempo– por ámbitos públicos con lucidez política y a la vez con capacidad práctica para inducir el cambio. Su inserción laboral deberá darse en parte en espacios públicos participativos, de reducida o nula inercia burocrática. En el ámbito privado, a su vez, los futuros adalides deberán ser estimulados y protegidos para participar en la reaparición de la actitud emprendedora, siendo protagonistas directos o mediante acciones públicas que induzcan a los empresarios a valorar y respetar a los egresados del sistema educativo.

Seguramente es más fácil plantearlo que hacerlo. Sin embargo, lo creo enteramente posible. La condición necesaria elemental parece ser: ignorar los cantos de sirena que invitan a formar a nuestros jóvenes para los servicios de la ciudad global en que se convirtió Buenos Aires; para la mansa utilización de tecnología enlatada por las compañías trasnacionales; para la prestación de servicios que se pueden diseminar por el mundo, a partir de la revolución en las comunicaciones, pero sobre la base del bajo costo salarial.

Crear en que toda provincia argentina puede tener ciudades prósperas, que produzcan sus bienes básicos para la vida, de manera eficiente y con tecnologías creadas o adaptadas por argentinos. Esto es. Ni más, ni menos. 